



«París. El proceso Steinheil.— La viuda de Steinheil, acusada de doble parricidio en el tribunal durante su interrogatorio.»
1909, n.º 1.455, p. 754.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El crimen sensacional del callejón de Ronsín se juzga en París estos días, y sólo aparece en escena un acusado: la viuda.

Según parece desprenderse de las actuaciones, una mujer, con sus manecitas sin duda primorosamente lavadas, de uñas que abrillantó el *polissoir* y dedos en forma de huso, engalanados por joyas de montura modernista, fué la que, de una vez, con seguridad que no siempre tienen los homicidas de profesión, estranguló á su marido y á su madre, se ató simulando que la hubiesen sorprendido durante el sueño, y en fin se las compuso de manera que, al pronto, la justicia no pensó en detenerla, en indagar si podía ó no caberle responsabilidad, á ella, única é ilesa superviviente del drama, persona de equívocas costumbres, tendedora de redes á incautos, cazadora de dinero en las espesuras de la manigua parisiense. Sólo cuando, por imprudencias increíbles, se denunció á sí propia, al querer denunciar á otros, entre un lío formidable de contradicciones, bajáronse de la higuera los jueces, y empezaron á suponer quién sabe, tal vez, acaso aquello fuese una pista.

Digo esto de la higuera, porque sería peor creer que las influencias y relaciones de la «viuda trágica» la pusieran á cubierto de la acción de la justicia, necesitando, para que se tomase la resolución de detenerla, que los indicios de su culpabilidad fuesen proporcionados por ella misma, aunque involuntariamente y con objeto de echar el muerto á otros.

Se ha gritado mucho en Madrid porque ciertos crímenes horrendos, como la degollación de Vicenta Verdier, quedaron en la impunidad y en la sombra.

Realmente, en un crimen que se descubrió tan en fresco, es inconcebible que algo no se pudiese rastrear. Pero sírvanos de consuelo (aunque sea el clásico consuelo de los tontos) que en todo un París, la tierra de los polizontes artistas, haya pasado dos cuartos de lo mismo.

Los primeros instantes de cometerse un crimen son preciosos. Nada debe en ellos desperdiciarse. Desde el estudio psicológico de las emociones, reveladas por las voces y los semblantes, hasta las huellas más leves de los actos en los objetos inanimados y en los cuerpos, no hay insignificante pormenor que no pueda, más adelante, adquirir importancia capital, ser un rayo de luz, quizás la clave del problema. Una indagatoria bien llevada desde un principio, rara vez deja de producir resultados. Todos hemos comprobado esta verdad, en pequeñas indagatorias domésticas sobre hurtos ó filtraciones. Aunque se crea lo contrario, es á veces más difícil

averiguar quién nos roba el azúcar ó quién nos agua la leche, que quién ha degollado á una mujer. Porque las precipitaciones del crimen, los accidentes imprevistos de la acción violenta, la necesidad misma de borrar rastros, la imposibilidad de preverlo todo en supremos instantes, hacen que quede siempre mucho que ejercite la sagacidad del juez instructor. En el caso Steinheil, si hubiesen procedido inmediatamente á prender á la viuda, había un camino que seguir: el de los narcóticos.

La Steinheil, según indicios, sirvió á su madre y á su marido, la noche del crimen, una bebida soporífera. Y la posibilidad del hecho, realizado por una persona sola y débil—aunque la Steinheil está en la edad del vigor femenino, los cuarenta,—reside en esa poción calmante, cuyos residuos pudieron hallarse, si no en las tazas ó vasos donde fué servida, en las vísceras de los muertos.

Desde tiempo atrás, según ahora aparece, la Steinheil acostumbraba «drogear» á su marido con adormideras y opio, en dosis altas, ensayando quizás el veneno, que le resultaba lento é ineficaz. Ella no niega que administraba brebajes al pintor, pero asegura que eran reconstituyentes. A raíz del crimen, se pudo apurar este extremo, el más revelador de todos, pues explica la anomalía de que ninguna de las víctimas mostrase señales de haberse defendido, con esa defensa que es instintiva y fatal. Tampoco la Steinheil mostraba en su cuerpo huella de violencia, sino una mancha de tinta en el muslo, correspondiente á la tinta derramada en el gabinete, sin duda al hacer los últimos preparativos de la ficción de *cambrilolage*.

Supongo que, al publicarse estas páginas, estará juzgada la causa de la Steinheil. El Jurado, según Lombroso «resto de la antigua barbarie», habrá decidido de su suerte. Entre este Jurado y los magistrados no tengo lectores. Ni sabrán español, ni cosa alguna de España, caso común á todo francés. Si viesen estos renglones, los supondrían escritos con la punta de la navaja que, invariablemente, llevamos en la liga las españolas. De suerte que bien puedo, sin cargo de conciencia, pues nada he de influir en pro ni en contra, declarar que al leer el relato del crimen del callejón de Ronsín, me admiró que trasgasen la burda fábula de los tres hombres de levitón y la moza roja, tan implacables con el pintor y su suegra y tan cariñosos y deferentes con madama Steinheil, que hasta le daban broma llamándola «chiquilla».

La criminalidad, en Francia, reviste proporciones aterradoras. Justifica el dicho de Garofalo, que cree insignificante la represión y defensa social, ante el incremento de la delincuencia en todas sus formas y el criminal emboscado en acecho. No obstante, hay un síntoma peor aún que el del aumento de la criminalidad: un síntoma que revela una sociedad cancerada. Los criminales, en vez de inspirar horror, son populares. Cuando una mujer hace lo que hizo la Steinheil, llueven en su encierro declaraciones amorosas y galantes ofertas. Los periódicos lo dicen: la Steinheil inspira simpatías, atrae los corazones.

No hace mucho leí una novela francesa reciente, en que la heroína es una muchacha encantadora, enamorada á perder de un *apache*. En esto han venido á parar los romanticismos de 1830, el tipo seductor del hombre fatal, del Antony, del Corsario, generosos, gallardos, caballeroscos dentro de su ideal de rebeldía. La niña parisiense, flor de civilización, se siente arrastrada hacia el *apache*, justamente porque lo es. No puedo menos de pensar en las decadencias romanas, y acordarme del magno Juvenal, de sus palabras de fuego, al describir la aberración de la delicada dama, Hípias, esposa de un senador, que huye con un gladiador del circo, feo, sucio, viejo y manco. ¡Pero es un gladiador! Lo cual, dice el satírico, le convierte en un Adonis... Hoy, en Francia, el gusto perverso es el *apache*, el destripador, la parricida, y las tarjetas postales más interesantes son las que firma, no la viuda de Curie, sabia y buena, sino la de Steinheil...

No tiene transcendencia que se cometan crímenes, los más espantosos: lo malo es que la sociedad los mire, no ya con indiferencia, sino con monstruoso entusiasmo. Verdad es—y me parece justo decirlo, aunque me ponga en contradicción conmigo misma—que en otros crímenes parisienses, recientes, la opinión se exteriorizó en el sentido del rigor. Fué en el caso de la absolución de Soleilland, cuando un motín reclamó la restauración de la pena de muerte. Y al ser aplicada, el gentío dió señales de júbilo violento, bailó, cantó, aplaudió al verdugo. Ni tanto ni tan poco, ó mejor dicho, ni esto ni aquello debiera suceder en un pueblo sano, donde la justicia es fuerte y grave, la policía seria y sagaz, y las ideas éticas están en vigor, difundidas lo suficiente para guiar el

criterio social. ¿Será que tales ideas sufren la crisis honda, lamentable, que muchos moralistas señalan?

¿Qué origen tiene esta crisis? ¿Por qué Alemania parece más robusta y más cuerda que la gran nación latina? ¿Es que fracasaron los ideales de 1793 y la libertad es desintegración, la fraternidad división profunda, irreductible, y la igualdad el más infecundo de los principios, puesto que no alcanza á conseguir que, cuando una viuda guapa y bien relacionada puede ser autora de un crimen espeluznante, sea detenida, al menos mientras no demuestre su inculpabilidad?

En el crimen de la Steinheil hay sin duda puntos oscuros; á la hora en que esto escribo, ignoro si los esclarecerán los debates. Hay quien no encuentra los móviles. Yo creo verlos, muy de bulto. Steinheil era un mediano pintor, un tiempo sostenido á flote por intrigas de su esposa, que obtenía para él lucrativos encargos; pero ya decadente, emperzeado, agotado, y cuya existencia estorbaba para un segundo matrimonio con un hombre de posición sólida ó brillante. La madre, á su vez, tenía una fortunita, pero iba gastándola, y al matarla, la Steinheil salvaba su herencia. Por eso fué llamada y atraída con empeño á la casa siniestra, la anciana señora, la noche de «autos». Es repugnante, es horrible el cálculo, pero se funda en interés.

Y por otra parte, no siempre la lógica preside á la conducta de los criminales, y menos de criminales del género de la Steinheil, en quienes domina el amor propio y hace estragos el histerismo. La Brinvilliers, mujer que tiene puntos de contacto con la Steinheil, envenenó á gente cuya muerte podía reportarla alguna utilidad; pero también á mucha sin más objeto que satisfacer la inclinación perversa. En la mayoría de los casos, admira lo inútil y caprichoso de los crímenes que se cometen. Recuerdo el «affaire Lemaître», el asesino de quince años, que lleno de orgullo, ansioso de notoriedad, desventregó á un niño por gusto de verle sufrir; un niño á quien no conocía; y el «affaire» de aquel Morisset, vanidoso y enemigo de la sociedad, que por no permanecer en obscura medianía, prefirió hasta la guillotina, y mata á tiros de revólver á un señor á quien nunca había visto. Sería muy fácil aumentar la lista con otros nombres. Casi debiera sentar como axioma que no hay crímenes provechosos á quien los comete. Leyendo el relato de muchos, resalta esta particularidad. Y las personas á quienes el crimen es incomprensible ó causa repulsión, prefieren creer en la inocencia de los acusados. Así, la Steinheil tiene calurosos defensores. ¡Es imposible! ¡Matar á su madre, con las manitas de dedos delicados!

Un maestro de la crítica, que no era español, me hacía observar cómo la belleza de la tragedia griega, inglesa y francesa consistía en que, no pudiendo negarse que la literatura trágica es una serie de crímenes, mueven á estos crímenes pasiones tan naturales, que los criminales vienen á ser, en cierto modo, tipos de heroísmo. Clitemnestra asesina en su lecho á Agamenón, rey de reyes, cuando éste regresa de largas guerras en busca de la paz de su hogar; pero la impulsan, además del amor de Egisto, el rencor del sacrificio de Ifigenia, su hija, y los celos de Casandra. Orestes comete el parricidio; pero es que quiere vengar á su padre, en la vida y en la honra. Fedra acusa á Hipólito y es causa de su muerte; pero la insensata pasión la excusa. Orosman rasga con el cuchillo el seno de Zaira; pero el monstruo de los celos guía su mano. Rojana, por celos también, hace morir á Bayaceto. Otelo, el noble moro, incapaz de una acción mezquina, estrangula á Desdémona, porque duda de ella y la adora. Son crímenes que caben en almas elevadas, y además crímenes con móvil profundo, crímenes lógicos, dentro de los furores pasionales. Si queremos graduar la piedad que un criminal merece, pensemos hasta qué punto podría ser héroe de tragedia...

Y seguramente la Steinheil no se cuenta en el número de esas líricas mujeres que han inspirado á los poetas y hecho derramar lágrimas á las personas sensibles. Ni el motivo de su crimen se impone á la conciencia, ni la superchería que lo disfraza se parece á la generosa y desesperada veracidad de un Otelo gritando: «¡Sí, yo la maté!» He aquí por qué las simpatías que rodean á la Steinheil indican perversión social, y las cartas en que la brindan el matrimonio á la salida de la cárcel, pueden pasar si son broma; pero aun siéndolo, no cabe incluirlas entre los rasgos del buen gusto característico de Francia...

No puedo menos de añadir que, así y todo, la Steinheil no debe ir á la guillotina. Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.